

Fantasia, humor y metaliteratura en la mitificación de José María Merino

Norma Sturniolo

El cuento breve está viviendo uno de sus mejores momentos. Escritores, estudiosos y lectores están aportando una nueva mirada a este tipo de narración cuyos orígenes son muy antiguos. Ya en la tradición oral, folklórica se encuentran abundantes ejemplos de minicuentos. El hispanista francés recientemente fallecido, Maxime Chevalier, desarrolló una intensa labor investigadora sobre estas narraciones breves cuando no estaba de moda dedicarse a este género y nos dejó, entre otros, interesantes estudios sobre cuentecillos folklóricos españoles.

Hay diferentes formas de llamar a la narración breve: microrelatos, microcuentos, minicuentos, minificción, minirelatos, hiperbreves. Algunas denominaciones tienen un toque humorístico: textículos, nanocuentos, cuentos cuánticos y han surgido y seguirán surgiendo otros nombres al calor de ese fuego de experimentación y humor que rodea a la ficción mínima. Entre los mejores exponentes en lengua española de este arte de la brevedad se encuentra José María Merino que acaba de publicar *La glorieta de los fugitivos* en la editorial Páginas de Espuma. El libro está dividido en dos partes, un apéndice y además hay unas referencias bibliográficas de los cuentos ya publicados que pueden ser de interés para el lector porque en ellos encontrará información sobre obras dedicadas al tema de la minificción. La primera parte

José María Merino. *La glorieta de los furtivos*. Páginas de Espuma. Madrid, 2007.

contiene los minicuentos pertenecientes a *Días Imaginarios* con el que Merino obtuvo el Premio NH al mejor libro de relatos 2003, los que pertenecen a *Cuentos del libro de la noche* y otros, agrupados bajo el título de Inéditos y dispersos. La segunda parte incluye *La Glorieta en miniatura* que es su intervención en el IV Congreso Internacional de Minificción en la Universidad de Neuchâtel en noviembre de 2006 y *Diez cuentines congresistas*.

La foto de la cubierta muestra dos siluetas caminando cuyas sombras se proyectan sobre el empedrado de una calle que sigue una trayectoria circular como las calles que desembocan en las glorietas. Es este un pórtico apropiado para las minificciones de La glorieta de los fugitivos. La circularidad con toda su carga de dinamismo psíquico y las sombras (que, entre otras cosas, nos recuerda lo afirmado por Jung: a todo individuo síguele una sombra, y cuando menos se halla ésta materializada en su vida consciente, tanto más oscura y densa será), son dos acertadas referencias a la literatura de Merino e indican el esmerado trabajo editorial que se continúa en el interior del libro.

En La glorieta de los fugitivos encontramos la quintaesencia de la narrativa de Merino tanto por su temática como por su estilo. Acechos cercanos es el primer minicuento con el que se inicia el libro y un ejemplo clarísimo de lo que estamos afirmando. El autor crea una atmósfera de inquietud creciente que alcanza su clímax al final del mismo. En las primeras líneas, lo que se nos cuenta y cómo se nos cuenta provoca una sonrisa, pero, paulatinamente, esa sonrisa se desvanece y da lugar a un gesto de horror. Utilizando la tercera persona narrativa y con juegos morfológicos que dan muestra de su gusto habitual por el ludismo lingüístico, Merino desarrolla uno de sus temas preferidos como es el de la siniestra animación de los objetos cotidianos que constituyen una amenaza con su vida secreta o también, dada la incertidumbre que se desprende del texto, podríamos hablar del delirio del personaje que se siente amenazado por los objetos que lo rodean. Esa ambigüedad permite dar más de una interpretación al final del cuento. Asimismo, hay que destacar la importancia del espacio donde se desarrolla la acción para simbolizar un proceso de pérdida de la identidad. De la inseguridad del lugar cotidiano se pasa al lugar de la transitoriedad como es la habitación de un hotel. Tanto en este como en otros textos, siempre nos queda una sensación

de ambigüedad. ¿Lo que se nos cuenta sucede en el mundo exterior o es producto de la imaginación del personaje? Esta es una característica que emparenta a Merino con otros autores de literatura fantástica como por ejemplo, Hoffmann.

Otras minificciones de *La glorieta de los fugitivos* se desarrollan en una atmósfera de desasosiego como, por ejemplo, Después del accidente. Aquí se recurre a la segunda persona narrativa para describir un fantasmal desdoblamiento del yo y luego al diálogo con el que se cambia la perspectiva de lo narrado y que demuestra la maestría del autor. En esa misma línea inquietante está Un despertar con el empleo de una tercera persona narrativa focalizada en el interior del personaje; un cuento con la macabra guillotina de fondo. En «*Andrómeda*» hay una estupenda vuelta de tuerca al mito de Andrómeda y Perseo sin mencionar el mito y desarrollando así una de las características de los minicuentos que es el juego cultural. En la habitación donde duerme Andrómeda y su marido, del que no se dice su nombre, hay un viejo espejo, otro símbolo querido por el autor. En el espejo aparecerá algo que da lugar a más de una interpretación. El lector, inmerso en el juego cultural, tendrá múltiples asociaciones. Puede recordar, por ejemplo, la ironía y el humor de Jules Laforgue que en *Las Moraldades legendarias* (1888) considera que el verdadero amor de Andrómeda es el monstruo del que la liberó Perseo. Pero en el minicuento de Merino parece que más que en la tónica propia de la parodia laforgueana estamos en la línea de descubrir que el horror, lo monstruoso está dentro del perseguidor del monstruo o lo lleva consigo la supuesta víctima. Asimismo, a esta fulgurante convocación del miedo pertenecen «*Madrugada*» con un espléndido final abierto, «*El despistado tres*», donde la muerte y el sueño como en la mitología están hermanados, *Las cuatro*, que se desarrolla en otro de los espacios queridos por el autor, dentro de un avión y a una hora indefinida entre el día y la noche que propicia la irrupción de lo incontrolable, «*El país de los vampiros*» que como su título indica transcurre en el espacio de la inseguridad por antonomasia; «*El lugar debido*», donde encontramos el simbolismo del pez pero no unido a la regeneración, a la vida y la fecundidad sino como el anuncio de un próximo y temible drama; «*Relato verídico*» en el espacio propio de una isla maldita engañosa que embauca con una apariencia que no se corresponde con la rea-

lidad, y el hiperbreve *La cita* que consta solo de diez palabras, o mejor, de doce ya que el título es importante. Seguimos en esta contabilidad el criterio del investigador argentino David Lagmanovich que considera que en una escritura minificcional especialmente breve, el título y el texto forman una unidad indisoluble ya que considera que el título cumple una función de focalización y, al hacerlo, completa el significado –o, si así se prefiere, desvela la intención autoral a que aspira la composición en su totalidad.

Pero no todo es sugerencia del miedo, hay también en estas minificciones mucho humor rebosante de vitalidad, ironía, crítica social, metaliteratura. Por ejemplo, en *Viajero aparente*, el tema del doble está tratado con un saludable sentido del humor. Hay minicuentos en los que la prosa se impregna de lirismo como por ejemplo cuando emplea el recurso de la repetición de un sintagma nominal en «*Costa da Morte*». Es este un microrrelato que trae a la memoria otros textos de mar y ahogados.

Al preguntarle a José María Merino qué minicuentos elegiría de «La glorieta de los fugitivos» respondió que, aunque no le resultaba fácil, seleccionaría «Dimisión general», por la imaginación imposible y burlona de un mundo sin políticos; *Ecosistema*, donde vuelve a plantear el mito de Adán y Eva desde la imagen del bonsái, tan adecuada al minicuento; *Mosca*, donde plantea, con ironía algo demoledora, nuestra relación profunda con la naturaleza; *Pie*, una historia de amor bastante singular; *Telúrica*, en el que la receta culinaria de los calamares en su tinta se comunica directamente con el cosmos; *La cuarta salida*, que da un final diferente a El Quijote; «*Satánica*», donde resulta que el pobre Satanás no tiene toda la culpa; *La camisa del hombre infeliz*, que cuenta lo que pasa después de que se hayan ido los emisarios del rey; *Para una historia secreta del éxito*, que relee para que no se le suban los humos y cuando sufre la petulancia de algunos colegas, y *La cita*, su cuento más breve y acaso el más tenebroso.

La parte titulada *La glorieta miniatura* contiene una imagen central: la del jardín literario con toda su simbología de ordenación del caos, de carácter deleitable donde a diferencia del paraíso bíblico, las manzanas se pueden coger sin que por ello nadie sea expulsado. Un personaje conocido por los lectores de Merino, el profesor Souto es una especie de Virgilio que nos guía en el jardín

literario y nos da pistas para la creación de minificciones. Se teoriza sobre la minificción desde la ficción con un espíritu festivo. Merino ha gestado la imagen y la metáfora de un inmenso jardín literario y entre los espacios donde se cultivan la poesía, la novela, el cuento, el ensayo, el aforismo, el teatro hay un lugar, una glorieta pequeñita donde surgen esos pequeños fugitivos («palpitaciones de ficción verdadera») que son los minicuento. Esa metáfora es la que da origen al título del libro. Los diez cuentines congresistas finales son un alarde de humorismo.

Después de la lectura de estas minificciones quizás tengamos la sensación de que lo que creemos real es ilusorio, pero nos queda la certeza de que la literatura de José María Merino como toda buena literatura nos habla de los sueños, alegrías, tristezas y terrores más antiguos de los seres humanos. ©

